



Catherine no enseña música, enseña esperanza



Antes de que los primeros niños lleguen a clase, Juliet ya ha vivido un pequeño concierto interior.

Su día comienza en silencio, con devocional en mano y el corazón abierto. Es su forma de afinar el alma antes de afinar cualquier instrumento. Después, se alista, toma su bolso y se dirige a la EMA, ese lugar donde no solo enseña música: enseña a creer.

Cuando sus estudiantes llegan, Juliet ya está lista. No solo con partituras, sino con paciencia. Con amor. Con fe en que cada niño puede hacer algo extraordinario, incluso cuando ni ellos mismos lo saben.



Cada clase es un acto de entrega. No es solo enseñar corcheas o negras, ni que un niño cante afinado o toque limpio. Lo verdaderamente importante para Juliet no se mide en tonos, sino en transformaciones. En miradas que antes dudaban y ahora brillan. En manos que tiemblan y luego se atreven.

“Me basta con que me recuerden como una persona amorosa y paciente. Con eso ya puedo vivir tranquila “dice, con la calma de quien entiende que su misión no es formar músicos perfectos, sino seres humanos plenos y ayudar a que sus alumnos que tienen capacidades diferentes sean felices.

Cuando termina su jornada en la **EMA**, el día de Juliet no acaba. Reflexiona sobre lo que funcionó en clase, lo que podría mejorar, lo que le sorprendió. Porque ser maestra, para ella, es un ejercicio constante de humildad. Luego se dirige a casa, donde le esperan otras clases, otras partituras, otros niños.

En la noche, corrige informes, responde mensajes de padres, revisa pendientes. Pero en medio de ese ajetreo, nunca deja de pensar en lo esencial: dar felicidad a sus alumnos. Porque Juliet no enseña por cumplir. Enseña para encender luces en los corazones de sus estudiantes. Para que un niño, una madre, una familia diga: “No sabía que podía hacer esto. Pero gracias a ella, lo logré.”

Juliet quiere que la recuerden por eso. No por haber enseñado a leer música, sino por haber enseñado a creer en ellos mismos. Por haber sido esa adulta que no se rindió. La que tuvo paciencia. La que vio luz donde otros solo veían ruido.

Y así, sin levantar la voz, Juliet afina algo mucho más valioso que una nota perfecta: afina almas. Porque donde otros ven clases de música, ella ve una oportunidad de sembrar esperanza. Y esa es, sin duda, la melodía más hermosa que puede dejar en este mundo.

Oficina de Prensa y Comunicaciones Escuela Municipal de Artes y Oficios de Bucaramanga -EMA-